

Odio desatado. Psicoanálisis y política.

Daniel de los Santos

*¡Oh llora madre tierra!
En lo profundo de tus entrañas ruge
la bestia inmundada¹*

El contexto de este trabajo lo constituyen algunas consecuencias de la escisión producida en el seno de nuestra sociedad que ciertos comunicadores sociales han llamado “la grieta”, una segmentación y polarización de la ciudadanía que, a pesar de no constituir una novedad histórica, se presenta actualmente como un renovado fenómeno que resulta fundamental para explicar la ruptura de toda variedad de lazos sociales que otrora establecían cercanía e intercambios entre semejantes.

Las manifestaciones de furias y arrebatos generalizados que escuchamos en nuestra clínica y observamos también en la vida cotidiana, son fenómenos de una actualidad insoslayable.

Nuestra primera referencia serán algunos textos de Sigmund Freud cuyas elaboraciones además de un profundo contenido clínico, poseen también importantes contribuciones que hablan del sujeto en la polis, lugar por excelencia para el malestar en la cultura y del encuentro entre dos discursos que acontecen y se modifican con la cultura: el psicoanálisis y la política.

Es sabido que la relación con el mundo exterior hostil está marcada desde un comienzo por la aversión a los objetos externos proveedores de estímulos y por lo tanto susceptibles de repulsa, agresividad e incluso, destrucción. El modelo de la relación de odio proviene de la lucha del yo por su afirmación y confirmación, por ende, con relación al objeto, el odio es más antiguo que el amor. Freud describe una separación primordial entre un adentro y un afuera. Se expulsa aquello que se siente como extraño y displacentero. El yo primitivo acogerá como propio todo lo que experimente como

¹ Michel Fugain, La bête immonde - canción

fuerza de placer y expulsará lo asociado con el displacer. El yo se identificará con lo placentero y lo desalojado será lo displacentero vivido como exterior, antecedente fundamental para la experiencia ominosa². Pero es a partir de 1920 que entendemos con mayor claridad, que los componentes agresivos en las relaciones toman definitivamente el signo de lo pulsional. Con la impronta de la pulsión de muerte³ dirigida hacia el exterior con el propósito de destruir al objeto, refutamos la ilusión del ser humano naturalmente bueno y solidario. Lo más verdadero e íntimo en nosotros resulta de nuestra inevitable inclinación pulsional. La hostilidad no solo no nos es extraña, sino que aguarda, inhibida y agazapada, una posibilidad de satisfacción.

La cultura no siempre logra controlar esas tendencias autodestructivas que alteran la convivencia. Si se afloja la represión cultural florece lo insoportable, lo despreciable, el rival, el enemigo. El rasgo sobresaliente es el rechazo y la intolerancia a lo diferente, causa de malestar cuyo modo de tramitación será la separación y hostilidad hacia lo extraño. Así el odio, puede constituirse como poder unificador de una masa. Cabe destacar que el lazo con el semejante no desaparece, por el contrario, se fortalece con una vertiente distinta. Este odio produce una fragmentación, pero a la vez liga a los componentes odiadores por la aversión a quienes han sido relegados a la condición de enemigo.

Desde los medios masivos de comunicación, las esferas gubernamentales y las ahora relevantes redes sociales se instila de forma persistente un mensaje totalitario que busca aturdir todo pensamiento crítico, produciendo o agravando un efecto desubjetivante debido a que el juicio del sujeto queda suspendido, sus ideas y convicciones, ahora no se basan en sus propias condiciones de existencia o vivencias sino que son impuestas desde afuera por una reiteración mecánica que propicia la adhesión fanática a un líder o discurso. Este movimiento paradójicamente apunta, con un afán totalizante, a un consenso que niega la diferencia, el conflicto y la consecuente subjetivación. Una pasión por el Uno, compacto e idéntico a sí mismo, que expresa y sintetiza la posición de la antipolítica. Si ese Uno se propone como Otro, sabemos con Lacan, que el goce del Otro no es signo de amor.

2

3

La razón de ser y origen de la política radica en que no existe comunidad idéntica a sí misma, homogénea y mucho menos desprovista de conflictos internos.

El pensamiento verdadero e indiscutible tanto como el líder infalible que lo porta apuntan a una uniformidad de los goces.

Interrogado por el ascenso del racismo, Lacan (1974) afirmaba:

“En el extravío de nuestro goce, solo el Otro lo sitúa, pero es en la medida en que estamos separados de él. De ahí unos fantasmas, inédito cuando no nos mezclábamos.

Dejar a ese Otro en su modo de goce es lo que solo podría hacerse si no le impusiéramos el nuestro, si no lo consideráramos un subdesarrollado.”⁴ (P. 560)

También nos presentó al amor, al odio y a la ignorancia como pasiones del ser. Estas se asientan en el efecto primario del lenguaje: la falta en ser. El odio apunta al ser del otro, no de sujeto a sujeto sino de ser a ser, lo que conduce inevitablemente al odio, porque se dirige al goce. Se odia la forma particular en que el Otro goza.

Las prácticas segregativas son motorizadas por el desprecio, el odio y el rechazo. Emerge así la lógica del enemigo, que puede recibir un tratamiento de deshumanización, envilecimiento, execración y hasta exterminio, aunque, como se trata de una carrera sin fin, puede que el odio no llegue a satisfacerse con la desaparición del enemigo. El odio persigue a su víctima más allá de la muerte, porque más allá de su existencia, apunta a su ser. Se dirige al goce incluido en el cuerpo a destruir.

Lo no reconocido es que la malignidad que se le adjudica al prójimo habita también en nosotros mismos. Lo segregado es una parte del “nosotros” que pasa a ser “ellos”. Rechazo a lo extranjero en uno mismo. Quienes proponen “son ellos o nosotros” no deberían ignorar que expresan además de un ideal criminal, un horizonte de destrucción total.

El odio está orientado al goce del Otro que resulta tan amenazante que, en casos extremos, tendrá destino de exterminio. En la dictadura cívico militar argentina de 1976, por ejemplo, desde el aparato represivo estatal y de manera clandestina e ilegal se secuestró, torturó y asesinó a decenas de miles de compatriotas. Además, y con el fin

de asegurarse la conclusión de un linaje, se sustrajeron miles de bebés y niños, a quienes sometieron a procesos de apropiación ilegal, negándoles su identidad verdadera y en algunos casos forzados a vivir, sin saberlo, con las familias de los asesinos de sus progenitores.

Como es observable en muchos periodos de la historia, a grandes cambios en materia de derechos humanos y sociales, le sobreviene una época reaccionaria que abomina de esos logros y se apresta a abolirlos y desautorizarlos.

Hemos asistido en nuestro país a la ampliación de derechos tales como la Ley de matrimonio igualitario, la Ley de identidad de género y la Ley de protección integral a las mujeres, solo por mencionar algunas. También se tomaron medidas de asistencia, protección y promoción de sectores económicamente vulnerables de la sociedad. Mención especial para la anulación de las llamadas "leyes del perdón" que garantizaban la exoneración e impunidad a muchos acusados de crímenes de lesa humanidad durante el último régimen militar como así también se declaró inconstitucional un indulto a las cúpulas militares, dando lugar a juicios contra ex represores.

Estas y otras medidas ampliatorias de derechos ubicaron a la República Argentina como pionera de América Latina en materia de derechos sociales, sin embargo, tuvieron una recepción negativa en los grupos conservadores quienes reaccionaron violentamente, en primera instancia para que no se sancionen. Fracasado este intento, se lanzaron directamente a un sistemático ataque a esa parte de la sociedad y a la representación política contraria a sus intereses.

Tras haberse instaurado un período favorecedor de minorías, aparecen grupos radicalizados que se oponen a todo reconocimiento y afirmación de colectivos que hasta el momento permanecían velados, excluidos y perseguidos. Los antiderechos se revuelven contra ese goce que les es ajeno y que supuestamente amenaza el propio.

La palabra como vehículo privilegiado del odio, se articula con la llamada *posverdad* para emitir proclamas y acusaciones cuasi delirantes que impactan en lo colectivo y en cada uno de los receptores. Puede ocurrir que el mensaje llegue a organizaciones políticas o a *"un loquito suelto"* a quien se le ocurra atentar contra la vida de una figura política opositora, lo que constituye asimismo un atentado contra la

democracia misma y los principios que la sostienen. Esto no tiene nada de irracional. Después de las palabras aparecen las balas.

Actualmente en nuestro país, como consecuencia de un llamado mayoritario en las urnas a una figura feroz, el odio y la crueldad son moneda corriente y van ganando terreno como forma de organización de las relaciones entre ciudadanos. Los objetos de inquina potenciales se han multiplicado y el odio colectivizado marca el ritmo de gran parte de los intercambios sociales.

Hoy las expresiones de odio circulan y se introducen desde múltiples agentes constituyéndose en una realidad de época que también gana las calles a la manera de la conocida "*Schadenfreude*", la alegría y el placer por la desgracia ajena. A la manera de "*el padre pega al niño que yo odio*" pero multiplicado y contagiado con características pandémicas. Echando por tierra todas las represiones de sus mociones pulsionales, hoy hay quienes ovacionan la quita de derechos de los colectivos vulnerables, la reducción de asistencias, los despidos, el congelamiento de jubilaciones o el desfinanciamiento de las universidades nacionales. Asimismo, celebran la represión que las llamadas fuerzas de seguridad, ahora fortalecidas, ejercen sobre las manifestaciones populares con palos, gases y balas de goma, ya se trate de adultos, ancianos o niños. La vieja consigna y los protocolos de *orden y progreso* enmascaran la intención de negar el derecho a la palabra, la manifestación más clara del reconocimiento simbólico del ser en relación a los otros.

Nuestra actualidad, como la del mundo, abunda en ejemplos cotidianos de odio y violencia. Muchos de ellos, sistematizados y organizados dentro de lo que llamamos la lógica neoliberal que impone el imperativo del plus de gozar en el consumo, convirtiendo a los sujetos en consumidores que a la vez son consumidos por el sistema. Si no se cumple con ese imperativo, se corre el riesgo de ser segregado como *resto* del cuerpo social. De ello se encargan ahora los partidos políticos fieles al capitalismo financiero salvaje y los autodenominados paladines de la libertad que unidos por una pasión oscura, rechazan de plano la existencia de lo diverso, odiando la singularidad del sujeto que resiste. Se trata de someter al otro diferente aun invocando grandes

ideales tales como *República o Libertad*. La presentación de ideales que fuerzan a ser mejores de lo que la naturaleza admite, lleva a lo peor.⁵

La segregación es efecto de un discurso que procura un ordenamiento del goce, una intolerancia a las diferencias que demanda gozar del mismo modo a todos. Quienes no compartan este modo de gozar serán catalogados, diagnosticados y estigmatizados como *judío, negro, puto, traba, torta, vago, orco, yegua, planero, piquetero, terrorista, zurdo de mierda, feminazi, aluvión zoológico*, etc. Los nombres dados por la segregación son siempre arbitrarios y apuntan a la mortificación. Nombran un más allá de lo simbólico encontrando su fundamento en la pulsión de muerte. Rienda suelta a la *bestia inmundada* que atropella a la subjetividad contemporánea.

Para finalizar, observamos que el advenimiento de la alteridad se presenta como el hecho trágico, inevitable e insoluble de la condición humana.

El odio está allí, al acecho. Racismo, homofobia, misoginia, transfobia, aporofobia y otros tantos nombres de la segregación que ya no ocultan ni disimulan sus objetivos. Un odio impúdico y desatado que se celebra a sí mismo y expresa la aversión hacia un mundo apto para la convivencia en la diversidad. También un verdadero odio a la democracia como sistema, que con mayor eficacia, limita la ley del más fuerte y asegura la protección de minorías y de cada ciudadano.

Suele argumentarse que el psicoanálisis no es una cosmovisión, ni una cosmología ni un sistema filosófico que todo lo explica, podemos adherir a este enunciado como posición ética, no como coartada para la indiferencia contemplativa, indolente y resignada. Hace tiempo que los psicoanalistas, no-todos, han dejado su torre de marfil para animarse a la escena pública. Ocuparse de estos y otros temas de la cultura expresa algo muy importante, que somos de nuestro tiempo y eso significa también tener relación con la política que es un componente de la época en que vivimos. Seamos contemporáneos, entonces, al remolino de nuestra época. Desde una posición ética, es posible poner en acto lo principal del lazo social: la inclusión, la solidaridad y la ternura.

El primer deber de nuestra praxis es el de subsistir y permanecer con el sesgo subversivo del que proviene el psicoanálisis. Para ello es necesario un estado de derecho donde la palabra pueda circular y enunciarse con libertad. Es una de nuestras condiciones de posibilidad para nosotros y para un mundo donde quepamos todos.

Bibliografía

Sigmund Freud. Pulsiones y destinos de pulsión (1915) en Obras Completas Tomo XIV. Amorrortu editores. Buenos Aires. 1995.

Sigmund Freud. Más allá del principio de placer (1920) en Obras Completas Tomo XVIII. Amorrortu editores. Buenos Aires. 1993.

Jacques Lacan. Televisión. Otros Escritos. Paidós. Buenos Aires 2012. P. 560

Delgado, Osvaldo "Reflexiones sobre lo indeseable" En Indagaciones psicoanalíticas sobre la segregación. 2017. Grama ediciones. Buenos Aires 2017.